

Pueblo literario

LUTO CUBANO-ESPAÑOL

JUAN MARINELLO,

UN VASTAGO DE MARTI

- Volvió de España poeta y ensayista
- Versos suyos en la voz de Nacha Guevara



Escribe

Ángel LAZARO

PARECERÍA a primera vista pura casualidad que José María Chacón, el fino erudito y ensayista cubano, discípulo de don Ramón Menéndez Pidal, fuese quien antes que nadie comunicase a Rafael Alberti, desde Madrid a Rute, vía telegráfica, que se le había concedido el premio nacional de Literatura 1925. Y también que fuese una escritora cubana, Lydia Cabrera, la que presentase a Federico García Lorca a Margarita Xirgu, para que le leyese «Marina Pineda», rasgo que Federico pagó poniendo al frente de su romance «La casada infiel» esta dedicatoria: «A Lydia Cabrera y a su negrita». No son puras casualidades, sino que las letras españolas y quienes las personifican han estado siempre presentes en Cuba. Tanto Lorca como Alberti sintieron la atracción física de «la tierra más hermosa que ojos humanos vieron», y allí se plantaron en cuanto se les presentó ocasión, dejando Federico en las antologías cubanas su poema «Iré a Santiago», hoy sabido y recitado allá y aquí.

Pues, ¿y el trasiego de la Hispano Cubana de Cultura, en cuya obra trabajaron desde el polígrafo cubano Fernando Ortiz, y los hombres de empresa como Fernández Rodríguez, con su mecenazgo, y el silencioso y mercedísimo del culto a lo hispánico José Justo Martínez? Allí iban a Cuba, como llevados de la mano, para llenar los más grandes teatros habaneros. Gregorio Marañón, Nova Santos, Fernando de los Ríos, Luis de Zulueta, y volvían maravillados de aquel fervor y aquella sed de las cosas de España.

Entonces surge el Grupo Minorista de La Habana, que yo le veo entroncado con la generación española del 27, grupo del cual era como guía juvenil este Juan Marinello, que acaba de morir, a los setenta y ocho años, en la capital de Cuba (Lorca tendría ahora setenta y nueve años). Hay un movimiento de lanzadera que va y viene. Todavía no han surgido a primer plano las figuras de Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y Raúl Roa. En la revista «1926» —fijaos bien en la fecha para enlazarla con generación española del 27—, la prosa y el verso van cosidos con un hilo apenas perceptible, porque la revista es pura mente literaria, hilo que tiene un cierto color político: es la lucha contra una dictadura. (También a la generación española del 27 se la ha llamado de la Dictadura.) Aquella juventud, ferviente y generosa se va desengañando de la política criolla. Una tarde, Rubén Martínez Villena, de los últimos incorporados con su trémulo acento de poeta, tocado ya de rebeldía ciudadana, se pone en pie en la solemnidad de una recepción académica, y denuncia un negocio turbio de la Administración pública; es la protesta de los trece, en la cual están, entre otros jóvenes prosistas, ensayistas y periodistas Jorge Mañach, Francisco Ichaso y Luis Gómez Wangüernert. La Policía hace detenciones. La literatura en poesía, se han convertido en algo actuante, que a partir de entonces va

a girar sobre este eje: ética y estética.

Cae Martínez Villena prematuramente, sin el que el Cínico desvelo de Gustavo Alderque pueda valerle. Y entonces queda Juan Marinello como bandera de rebelión de aquel grupo literario que nunca —nunca— dejó de estar en comunicación con España. Y cuando en plena guerra española llega Juan Ramón a La Habana (ya antes don Miguel de Unamuno le había mandado una carta laudatoria a Nicolás Guillén), surgen las revistas «Espuela de Plata» y «Orígenes», con un joven

al frente; es Lezama Lima, al que confieren mando Cinto Vitier, Fina García Marruz, Gastón Baquero y Samuel Feijóo. Y Juan Ramón se frota las manos. Desde José Martí, Julián del Casal y Juana Borrero, el venero de la poesía no había fluido tan abundante y cristalino. Parecen resonar los versos que ahora mismo y aquí, en Madrid, levantan en vilo al público en la voz de Nacha Guevara:

Mi verso es como un puñal que por el puño echa flor, mi verso es un surtidor que da un agua de coral.

—¿Sabe usted quién es José Martí —le pregunté en el camerino de la artista a un joven español que acababa de enardecerse con los versos sencillos?

—No lo sé —contestó lealmente.

Y era el autor de aquellas estrofas que a él acababan de ponerle en vilo. Pues bien, españoles: un vástago de Martí acaba de caer en su tierra cubana. No sólo Cuba está de luto, nosotros, los españoles, lo estamos también por este legítimo vástago martiano. Este Juan Marinello que un día vino adolescente a España, becado por la Universidad habanera, y volvió poeta y ensayista, regustador del idioma, y uno de nuestros grandes espíritus fraternos. Un gran saludo de despedida al entrañable Juan Marinello, gran ensayista y poeta de las dos orillas atlánticas.

ANTE EL REGRESO DE ARRABAL

● Un alegato en PUEBLO sobre su españolismo

EN septiembre de 1967 Fernando Arrabal vio seriamente comprometida su libertad por la denuncia en la que se le atribuye ofensa a su Patria en el texto de una extravagante dedicatoria al comprador de un libro suyo. Se celebró el juicio en Madrid, y el dramaturgo resultó absuelto. Su temor por volver a ser encarcelado era muy grande. Traía cartas de escritores extranjeros, una colectiva de franceses y otra de José María Pemán exaltando su patriotismo, su demostrado españolismo y pidiendo clemencia. Alguno os aludían a su delicada salud. El entonces jovencísimo y recién nombrado redactor jefe de este periódico, hoy director de «El País», Juan Luis Cebrían, se interesó por el tema y, tras consultar al director, me propuso que estudiáramos la manera de hacer patente en estas páginas esos sentimientos de sus colegas que Arrabal nos mostrara con el añadido de algunos escritores españoles más. Dada la premura de tiempo, sólo me fue posible ponerme en contacto con Vicente Aleixandre y Camilo José Cela, que inmediatamente me entregaron unas cuartillas de fervorosa solidaridad y exculpación. Con ellas, y con trozos de algunas de las mencionadas cartas que Arrabal me entregó, compusimos una página de muy buena traza tipográfica, que produjo impresión y que tuvo eco en el extranjero. De entre los firmantes de este conjunto de textos



pusimos las fotografías, con la de Arrabal encabezando, de Samuel Beckett, Ionesco, Pemán, Cela y Aleixandre.

Me ha parecido curioso exhumar ahora este testimonio en nuestro suplemento literario, ante la noticia de la vuelta de Fernando Arrabal a España, dando por finalizado su exilio y dispuesto a asistir al estreno de varias obras suyas por fin autorizadas para su escenificación ante todos los públicos, y que antes sólo conocíamos parcialmente impresas y alguna representada en circuitos minoritarios.

D. S.

SUS PROXIMOS ESTRENOS

Con motivo del cercano

montaje escénico de su obra «El cementerio de automóviles», Fernando Arrabal tiene anunciada su visita a la capital, según fuentes cercanas al autor dramático, narrador y realizador cinematográfico. «El cementerio de automóviles», dirigida por Víctor García e interpretada por Norman Brisky, Eusebio Poncella, Jaime Redondo, Berta Riaza y Victoria Vera, se estrenará en Madrid alrededor del próximo 12 de abril, y la llegada del sonado y exiliado Arrabal se espera con una breve antelación al estreno de su obra. Posteriormente, ya en el mes de mayo, se estrenará otra obra de Arrabal: «Oye, Patria, mi aflicción», con dirección de Carlos Augusto Fernandes y Aurora Bautista como primera actriz.

Castillo Puche vence a Hotchner

Pleito sobre la verdad y el verdadero

Ernesto Hemingway (Historia anecdótica de un proceso literario en el Tribunal Supremo de U. S. A.)

Este pleito literario comienza hace unos tres años cuando el autor Hotchner,

que había publicado con gran éxito su libro «Papá Hemingway», demanda ante los tribunales de Nueva York a Castillo-Puche con motivo de la aparición de

su libro «Hemingway in Spain» por los conceptos o juicios que en él se vertían sobre el autor norteamericano. Ya Hotchner había tenido sobre este motivo otro pleito, o sea, sobre la vida e interpretación del autor y personaje Ernest Hemingway, con la viuda del premio Nobel norteamericano.

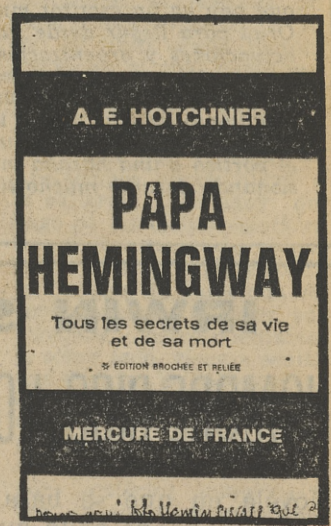
Desde el primer momento la Prensa y las revistas literarias intervienen en el asunto, dado que Hotchner reclama inicialmente a la editorial de Castillo-Puche en U. S. A., Doubleday and Co., y por la misma cuestión a la Editorial Destino de Barcelona, la cantidad de dos millones de dólares.

El juicio será sumamente controvertido y apasionado dado que van a intervenir en el mismo autores, corresponsales, profesores, críticos e incluso la viuda de Ernesto que defenderá el tex-



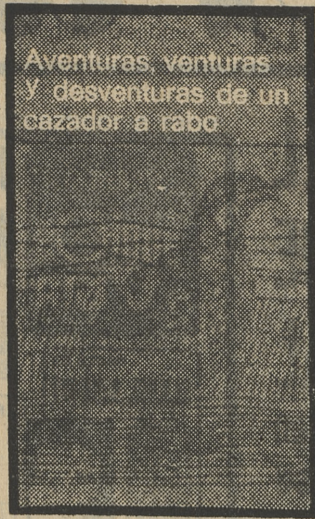
En el libro de Castillo Puche sobre Hemingway se menciona la visita del escritor a la Redacción de PUEBLO en agosto de 1960 y de la cual da testimonio esta fotografía de nuestro archivo

(Pasa a la página 25.)



HEMOS LEIDO PARA USTED... HEMOS LEIDO PARA USTED...

EL DIARIO DEL CAZADOR MIGUEL DELIBES



Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rãbo

Entre las novelas que le han situado a Miguel Delibes entre los primeros de España, figura la titulada «Diario de un cazador» que luego se proseguirá en otra llamada «Diario de un emigrante». El protagonista de ambas obras es un cazador, a través del cual el autor hace patente sus propias experiencias de tal. El tema de la caza, ya sin personaje intermediario, ha vuelto a otros libros suyos y se convierte en diario hebdomadario de aventuras cinegéticas de unas cuantas temporadas en este su último libro «Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rãbo» (Destino). En estas páginas el escritor nos transmite la emoción de estas excursiones domingueras, sus sabidurías y nuevos aprendizajes.

jes en la afición, y el melancólico sentimiento del creciente agotamiento de la caza menor de las tierras españolas. Una vez un crítico le echó en cara la crueldad de esta afición a lo que el escritor repuso con argumentos que probablemente hubiera aceptado hoy el apasionado amante de la naturaleza que es Rodríguez de la Fuente; lo que ya le parece otra cosa a Delibes es la caza mayor, que no practica. Su buena prosa, su capacidad descriptiva y riqueza del lenguaje brillan en estas páginas que se leen gustosamente y que suponemos han de tener un especial atractivo para esa inmensa minoría de sus compañeros de afición.

C. V.

LA EDAD DE ORO DE LA CIENCIA FICCION

ALREDEDOR de 1935, la literatura ficción científica va alcanzando su madurez estilística y argumental. Los antiguos temas de los «pulp» y de la «ciencia-ficción heroica» van siendo depurados hasta alcanzar un rigor imaginativo (no siempre acorde con los adelantos científicos), una profundidad ético-filosófica, una complejidad psicológica en el dibujo de sus personajes y, sobre todo, una renovada variedad de planteamientos críticos con respecto a la incierta evolución de la humanidad. Aquellos «dinosauros de la CF», como los llama Isaac Asimov, se agrupan en un ramillete de revistas especializadas: «Amazing Stories», «Thrilling Wonder Stories», «Astounding Science Fiction», y, en segunda línea, «Marvel Science Stories»,

«Startling Stories», «Captain Future», «Famous Fantastic Mysteries» o «Planet Stories».

En nuestro país, los relatos de esta época fundacional de la CF apenas habían obtenido la atención de las editoriales, por ello la reciente publicación de dos tomos dedicados a esta edad dorada y recopilados por Isaac Asimov me parece un evidente acierto de Ediciones Martínez Roca. Comento hoy, el segundo volumen de esta antología, que recoge narraciones publicadas entre 1934 y 1938.

Lo primero que salta a la vista es que la edad de oro de la CF es profundamente innovadora. Muchos de estos relatos sientan las bases argumentales, los nudos problemáticos, sobre los que autores posteriores no harán sino «rizar el rizo», acumular

variaciones sin fin sobre la malla fundamental. Encontramos, así, las primeras intuiciones acerca de los límites de nuestro universo: agotados los territorios vírgenes a bordo de la Tierra, el hombre otea en los espacios siderales, pero no satisfecho con lo que puede ver, se atarea en imaginar los nuevos y enigmáticos «finis terrae» del cosmos. Parábola de la insaciable curiosidad humana, el viaje a las fronteras finales del universo tiene dos magníficos ejemplos en «Coloso», de Donald Wandrei, y «El hombre que encogió», de Henry Hasse. Fenómeno curioso, ambas narraciones optan por una similar, e imaginaria, solución al enigma: nuestro universo, con sus trillones de galaxias y cantidades incalculables de astros, no es sino un átomo de un sistema superior. Ambos autores, apoyándose en algunas especulaciones del físico Arthur Eddington, elaboran «mundos interpenetrantes o convergentes», claro antecedente del «Simulacron-3», de Galouye.

Otro arquetipo ficción científico que se conso-



lida en esta época, y que en la posteridad dará mucho juego, es el del apocalipsis de la Tierra o incluso del universo entero, asunto del que son convincentes versiones: «Nacido del sol», de Jack Williamson, y el fascitizante «Planeta negativo», de John D. Clark. Ambos relatos culminan en un «happy end»: el primero, en el que la extraña forma de destrucción del planeta posee sus fuentes en doctrinas esotéricas, una pareja hará posible la supervivencia de la especie; en el segundo, donde la amenaza destructiva surge de una especulación, hijo de la teoría de la «antimateria», es toda la humanidad la que se salva gracias a la sabiduría científica.

El capítulo de los contactos con civilizaciones extraterrestres in teligen-

(Pasa a la siguiente.)

Escribe José A. UGALDE



SOBRE EL SEQUESTRO DE ORIOL



UN grupo de periodistas representados en el seudónimo de Alberto Rincón nos ofrecen un libro titulado «Oriol: más que un secuestro» (Sedmay), en el que han condensado y recogido todas las informaciones e indagaciones que hubieron de realizar en torno a los secuestros de don Antonio María de Oriol y Urquijo, presidente del Consejo de Estado, y del teniente general don Emilio Villaescusa Quilis, presidente del Consejo Superior de Justicia Militar. Con ello no intentan, dar por terminado el caso, sino justamente lo contrario: clarificar todos los datos hallados, contrastar juicios, dar coherencia a las conjeturas y abrir un camino al interés por llegar a un más allá de lo sabido hasta ahora. En este informe late la inquietud periodística de este conjunto de profesionales que desde el primer momento hubieron de trabajar, desde distintos ángulos, sobre el tema al filo de los acontecimientos y tras las reflexiones, deducciones e investigaciones que ellos les provocaron. La lectura de estas páginas ofrece la dinámica narrativa de un buen reportaje sobre una historia que acabamos de vivir todos los españoles y el interés de situarnos con claridad, ante nuestras propias preguntas. Sabemos que hay ya un escritor muy conocido en contacto con Oriol para llegar desde sus confesiones a los móviles, actuaciones y organización de los secuestradores y a la situación moral del secuestrado durante aquellas largas jornadas. No faltarán quienes por el camino del testimonio policial sigan indagando. Alberto Rincón, el grupo de periodistas que así se firma, han puesto el pórtico a una hazaña informativa que seguirá apasionando durante mucho tiempo.

C. V.

EL LIBRO CUMBRE DE EDMUND WILSON

CON la muerte en 1972 de Edmund Wilson, la crítica norteamericana perdió una figura excepcional. Excepcional por la universalidad de la obra y por la forma en que se había producido. Profundo conocedor de varias lenguas y literaturas (es famosa la polémica que sostuvo con Vladimir Nabokov a propósito de la traducción de Pushkin al inglés), Wilson fue ante todo periodista, y el germen de sus libros está en los artículos reseñas que escribiera para las revistas «New Republic» y «New Yorker». En una época y un país en que la crítica ha estado dominada por diversas escuelas, Wilson practicó un necllectismo muy personal. Las influencias más importantes en el pensamiento de Edmund Wilson fueron el marxismo y el psicoanálisis. Como resultado de la primera tenemos «Hacia la estación de Finlandia» (traducida al español en 1972), un estudio de las raíces intelectuales del socialismo; está también un brillante análisis ideológico del teatro de Bernard Shaw. La influencia del psicoanálisis fue más duradera. En un polémico trabajo, «Los dos Scrooges», Wilson interpretaba la obra de Dickens en función de los traumas que el novelista sufrió en la infancia, y anteriormente había clasificado al dramaturgo isabelino Ben Jonson dentro del tipo descrito por Freud como erótico anal.

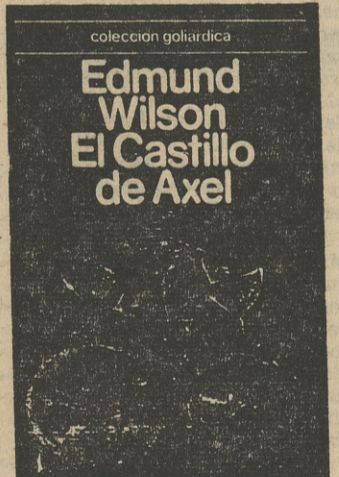
«El castillo de Axel» es un clásico de la crítica moderna, y hay que felicitarle por su traducción al español. Es uno de los pocos libros de Wilson que gira en torno a un solo tema: la creación de la lite-

ratura moderna, que para Wilson es una continuación del movimiento simbolista. Publicada en 1931, «El castillo de Axel» fue una obra pionera. Por lo que se refiere a la literatura en lengua inglesa, Wilson se adelantó a F. R. Leavis en el capítulo dedicado a T. S. Eliot, y ofreció un estudio del paralelismo homérico de «Ulises» antes de que Stuart Gilbert clasificara, bajo la dirección de Joyce, los múltiples niveles de alusión de la novela.

Wilson comienza definiendo el simbolismo por medio del contraste con el romanticismo y el naturalismo, y afirma que la historia literaria de nuestra época es en gran medida la crónica de la evolución del simbolismo y de su fusión o conflicto con el naturalismo. Estudia a continuación la fusión o el conflicto, según los casos, en seis autores: W. B. Yeats, Paul Valery, T. S. Eliot, Marcel Proust, James Joyce y Gertrude Stein. El curioso título está tomado de «Axel», poema dramático de Villiers de l'Isle Adam, publicado en 1890. La historia de «Axel» es la de un idealista que teme a la vida y prefiere la muerte a la realidad. Wilson relaciona brillantemente el ejemplo de «Axel» con la repulsión ante la vida moderna que exhiben algunos autores contemporáneos. Para Wilson, la alienación del escritor moderno le coloca ante dos alternativas, a las que llama el camino de «Axel» y el camino

de Rimbaud, respectivamente. El primer camino es el del mundo privado de la fantasía y la experimentación con nuevas técnicas literarias; es el camino que eligieron los escritores estudiados en «El castillo de Axel». El camino de Rimbaud ofrece la huida de la civilización industrial y la búsqueda de un mundo primitivo. Fruto de esta búsqueda sería «La serpiente emplumada», de D. H. Lawrence; el «Dos Pasos de los viajes por España», y los relatos africanos de Hemingway, por citar algunos ejemplos de la tradición anglosajona.

Al final de «El castillo de Axel», Wilson expresa la esperanza de que en el futuro el simbolismo aplique su penetración psicológica y refinamiento formal a una presentación de los problemas del hombre contemporáneo. No hay que olvidar que el libro está escrito a comienzos de una década en la que la literatura norteamericana alcanzaba un alto grado de politización. En retrospectiva, es fácil darse cuenta de que las esperanzas de Wilson no se hicieron realidad. Con



escasas excepciones, la literatura política de los años treinta se hundió en un partidismo estéril, y Faulkner, gran continuador de la novela experimental, siguió creando un mundo privado en medio de la indiferencia general. A pesar de los numerosos estudios que han aparecido sobre el tema en los últimos cuarenta años, «El castillo de Axel» sigue siendo un testimonio excepcional sobre los orígenes de la literatura moderna. Con este título, la recién estrenada Colección Goliárdica pone al lector español en contacto con una de las mentes más originales e independientes de las letras norteamericanas.

Escribe Pilar HIDALGO



IRWIN SHAW

HOMBRE RICO, HOMBRE POBRE

Novela en que se basa la serie televisiva de éxito mundial

Es un libro de PLAZA & JANES

HEMOS LEIDO PARA USTED...

(Viene de la anterior.)

tes se halla ampliamente representado en la antología. «Los cachorros humanos de Marte», de Leslie Frances Stone, suministra el esquema clave del tipo de «alienígena» que toma a los hombres por animales inferiores y sirve para que el autor nos obsequie con una violenta diatriba contra la indiferencia y crueldad del hombre hacia las especies animales terrestres. «Viejo amigo», de Raymond Z. Gallum, y «Próxima Centauri», de Murray Leinster, nos presentan dos radicales extremos: el extraterrestre amistoso, anhelante de comunicar con los humanos, y la civilización militarista, que nos observa exclusivamente como co-

mida. «El planeta de los parásitos», de Stanley G. Winbaum, se recrea en el diseño del ecosistema de Júpiter, tendencia que tendrá profusos cultivados. Pero en este apartado destaca el prodigioso relato de John W. Campbell titulado «Los ladrones de cerebros de Marte», tal vez el mejor del libro, junto con el ya citado «El hombre que encogió». Campbell, escritor y editor de CF y considerado como uno de los grandes del género, utiliza el humor y la metáfora para narrarnos el proceso de «petrificación» y «desintegración» de la civilización marciana a manos de unos seres camaleónicos, capaces de imitar la morfología de cualquier ser vivo.

Cierro este comentario

con la recensión de dos relatos de claro contenido escéptico y hasta pesimista con respecto a la evolución humana. El primero de ellos, «La galaxia maldita», de Edmond Hamilton, presenta una antiquísima raza de entes, pura energía inteligente que, por error, hacen nacer la vida. Para subsanar su inesperada y contagiosa demiurgia, considerada en todo momento como una degeneración a la manera gnóstica, abandonan la galaxia maldita contaminada por los procesos vitales. El segundo, titulado «Involución», y escrito por el mismo Hamilton, se complace en mostrar de forma más concreta las desventajas de la vía evolutiva que ha conducido al hombre.

VIZCAINO CASAS Y SU "DEMOCRATA" VIVAR

FERNANDO Vizcaino Casas, desde hace tiempo muy conocido como abogado (ahora laboralista, y antes de personajes populares), periodista y autor de guiones, ha llegado, en apenas dos años, a convertirse en autor de mayoritaria aceptación, al borde del «best-seller», con libros como «La España de la posguerra», «Mis audiencias con Franco», «Niñas... ¡al salón!», etcétera, en los que da buenas pruebas de su humor, su intuición para espigar lo más jugoso de la inmediata cotidianidad y su ingenio para presentar bajo un barniz de alegre frivolidad, trascendentes situaciones, que están continuamente ante sus ojos de periodística conformación.

Es maestro Vizcaino Casas en provocar la sonrisa —en ocasiones triste y dolorosa—, a través de una cierta actitud escéptica tras la observación del más próximo panorama del devenir español, pasado y presente, en el escaparate de sus libros con propósito claramente crítico, aunque el lector los aborde sin más intención que la de entretenerse —cosa que también consigue—, resultando que, a través de ese entretenimiento, descubre la desazón, la inquietud y la denuncia de múltiples situaciones.

En esta última novela, «De "camisa vieja" a chaqueta nueva», orientadora y subtitulada «Crónica de una evolución ideológica» (Planeta), ha montado el autor una suerte de reportaje biográfico novelado de los cerca de cuarenta años de una España que tiende a evolucionar en «democracia», bajo el manejo de muchos de los mismos y abundantísimos profesionales del camaleonismo, expertos en adoptar ideas, vestiduras, actitudes sean cuales fueren, en beneficio de sí mismos; personajes que han medrado realizando toda clase de quiebras durante la etapa franquista y que están dispuestos a seguir haciéndolo en la coyuntura actual e incluso en cualquier otra que pueda depararnos el futuro. Pertenecen estos tipos —aquí caricaturizados— a la picaresca política de tan profundas raíces hispánicas como toda picaresca.

Aquí el pícaro político (no se puede ser pícaro sin el ingrediente de listeza natural) está encarnado en la figura de un tal Manolo Vivar de Alda, arquetipo de oportunistas al acecho de cuanto pueda redundar en su propio provecho, idealismos al margen. Y en torno a la figura de Vivar —contrastador apellido el elegido por Vizcaino—, a su fulgurante ascensión, aún a modestos niveles, y a



su habilidad para nadar en las más diversas aguas, que es anécdota inventada, la panorámica española, resumida desde el 36 hasta hoy, orlada de otros muchos personajes y personajes no difícilmente identificables, oportunistas al acecho, entre los que no falta incluso el auténtico idealista que suele quedarse en eso: en idealista (¿siempre por idealismo, o por falta de cualidades?)

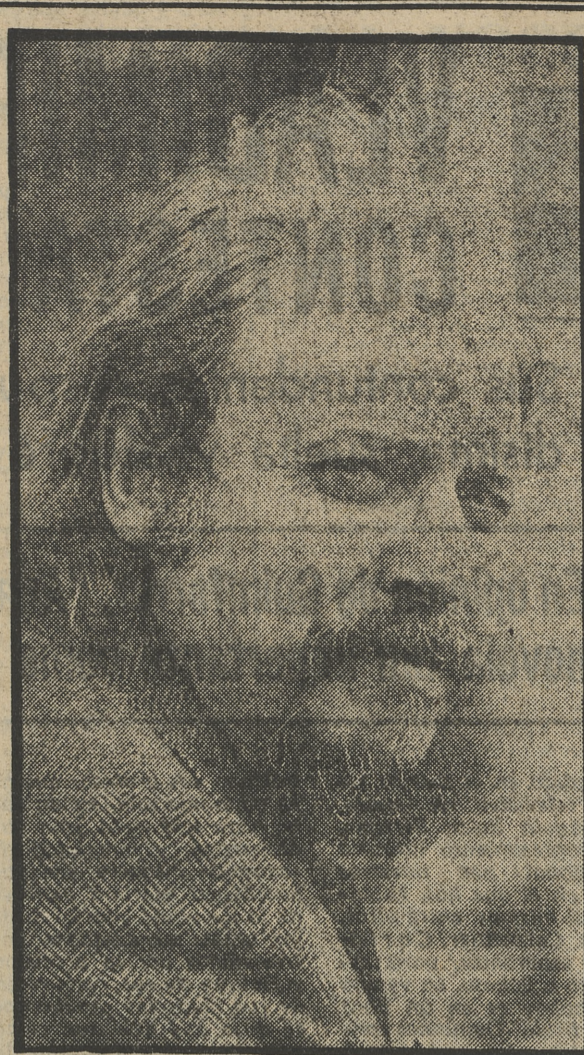
Se trata de un duro alegato, tremendamente actual, tremendamente oportuno, contra los fervores del orden franquista que, de la noche a la mañana, lo son ahora de las panaceas democráticas, minando con tal de seguir haciéndolo y mantenerse en candelero.

El novelado relato protagonizado por Vivar de Alda arranca de un enchufe para un puesto deportivo y prácticamente termina en otro enchufe-recomendación también para puesto deportivo. Todo es pura invención, pero con pequeñas o grandes variantes la historia de Vivar podría ser la de muchos personajes conocidos que nos vendrán a la mente a lo largo de las páginas, entre otros auténticamente reales y protagonistas.

Vizcaino Casas, hábil, mordaz, nostálgico y en ocasiones divertido, nos ofrece una parodia esperpéntica en la que fustiga abiertamente a los profesionales del cambio a ritmo de las coyunturas temporales, y lo hace con sutileza, gracia, una apariencia de frivolidad preñada de indudable humor, y una cierta actitud pesimista, quizá justificada ante el todavía incierto futuro.



Escribe Alfonso MARTINEZ-MENA



TRES PREGUNTAS A CASTILLO PUCHE

● Yo no tenía manía a Hotchner..., y quiero que viva y escriba»

● Próximo libro: «El libro de las visiones y las apariciones»

P. L.—¿Qué te parece el fallo del Tribunal Supremo de U. S. A.?

—Donde las dan las toman, siempre es bueno admitir que la justicia es posible.

P. L.—¿Contaste algo realmente agresivo contra Hotchner?

—Yo no tenía manía a Hotchner, sino todo lo contrario. Me hacía gracia, pero llegaba a un límite de pillería o golfería simpática, en que echaba un poco hacia atrás. Yo no he contado, por supuesto, todo lo que Ernesto me dijo de él ni lo contaré. Quiero que viva y escriba y que se gane la vida limpiamente, aunque sea bromísticamente como cuando Ordóñez le vistió de torero y le metió en una de sus cuadrillas para pasar y pasear el rato. Todo era divertido. Lo que no es tan aceptable es querer sacar cuartos por arte de birlibirloque. Los libros dan poco dinero, pero pueden dar algún honor. A mí me ha producido disgusto realmente ver que un americano, valiéndose de su dinero, porque el tal Hotchner hoy es millonario y también hay que decirlo, haciendo comedia como judío perseguido, en un país donde tienen, puede decirse, la sartén por el mango, quisiera abusar de un escritor extranjero un tanto indefenso en la distancia, aunque tengo que decir que la editorial DOUBLEDAY se portó muy bien y ella ayudó a que yo saliera totalmente absuelto en el juicio. Por supuesto, ha quedado claro que no había delito alguno, por mi parte, y que mis expresiones sobre Hotchner eran de las que entran en lo opinable y permitido.

P. L.—¿Qué estás preparando ahora?

—Bueno, esto es lo importante, porque el pleito es ya agua pasada. He entregado una novela a Destino, que espero que estará en la próxima Feria del Libro, y lo digo con cierto gozo, porque es una obra de la que estoy contento, la considero sustancial dentro de toda mi obra y espero proporcionar con ella algún gozo a mis lectores.

P. L.—¿Cómo la titulas?

—Se llama «El libro de las visiones y las apariciones», y ya verás cómo te gusta. Creo que está en lo más hondo de esa «peregrinación» sobre mí mismo que vengo haciendo en toda mi obra, es algo que va a servir de raíz a toda mi producción, una raíz al aire, dolorosamente al aire y, dentro de mi línea testimonial y crítica, es una denuncia del fanatismo religioso, de la educación religiosa en los pueblos, en nuestros pueblos de hace cuarenta años, pero quizá en algunos ahora mismo. Creo que esta obra se puede considerar como una «confesión total» y dentro de una literatura esperpéntica resulta tierna y suave como el guante de primera comunión de un niño.

C. V.

Pleito sobre la verdad...

(Viene de la pág. 23.)

to de Castillo Puche, va a decir que Ernesto no podría tener gran confianza con Hotchner porque era judío y él tenía suma cautela y prudencia en tratar con los judíos y que precisamente Hotchner había revisado algunos textos de Ernesto en este sentido. Esto fue una bomba, porque en el jurado mismo había judíos notablemente conocidos y aunque el juez consideró inmune e inocente al autor español Castillo-Puche, porque estaba claro que no había habido una evidente voluntad de ofensa sino una interpretación personal de determinados hechos y por lo tanto fue absuelto totalmente, sin embargo, su editorial americana Doubleday, fue, en el primer juicio, condenada a pagar la cantidad de ciento veinticinco mil dólares en calidad de indemnización al autor Hotchner. De los dos millones de dólares se había rebajado a ciento veinticinco mil dólares. Pero, la editorial Doubleday, que es la que había publicado «Hemingway in Spain» no aceptó el fallo y acudió al Supremo. Entre otras cosas, el juez de la Corte Federal al condenar a Doubleday había hecho una especie de alegato condenando la actualidad pernicioso de Hemingway entre la juventud americana por su rebeldía, violencia, vida libertaria, suicidio, etc.

En la apelación a la Corte Suprema se han suprimido, lógicamente, anécdotas y se ha ido a los hechos: Castillo-Puche había intentado una explicación racional y humana del misterio de un personaje que era amigo y conocía pero cuyo enigma siempre era posible interpretar. Al enjuiciar la interpretación hecha por Castillo-Puche del autor Hotchner, el Tribunal de Apelaciones no ha encontrado un intencionado e irresponsable desprecio por la verdad, según se hace constar en el fallo, y mucho menos motivo de libelo o de injurias que pudieran caer bajo pena legal. El fallo, además, hace al dar la vuelta a la primitiva condena, una defensa de la libre expresión, diciendo textualmente que «los editores no pueden constituirse en autocensuradores de cada uno de los autores que escriben libros, porque si así fuera, la libre expresión acabaría por desaparecer.»

Los términos que Castillo-Puche había usado sobre Hotchner eran de «hipócrita», «aprovechado», «oportunistas», y cosas parecidas, y por cierto algunos de estos términos resultaron endurecidos en la versión inglesa. La verdad es que, al parecer, Hotchner había crecido como personaje un poco a la sombra de Hemingway, haciendo adaptaciones de sus obras en guiones para la televisión americana y otros arreglos que no sólo le daban dinero sino nombre. Parece ser que resultaba verdaderamente un personaje un tanto untuoso y servil al lado de Hemingway, y finalmente, se hizo ya un autor conocido en U. S. A. con su libro «Papá Hemingway» en el cual contó por primera vez para el público norteamericano y claramente el suicidio de Ernesto.

El fallo del Tribunal de Apelaciones ahora libera a la editorial Doubleday del pago de los ciento veinticinco mil dólares, pone al autor y a la editorial española, Destino, de Barcelona en condiciones de percibir sus derechos correspondientes y, sobre todo, viene a sentar una doctrina de independencia de juicio para todo autor que pretenda solamente descubrir la verdad en una profundización, ya sea por artificios literarios o por simples afirmaciones reales sobre los personajes de la literatura.

cuaderno
de **6** días
Por Dámaso SANTOS

VLADIMIR NABOKOV CONTESTA POR ESCRITO



NABOKOV no viene suscitando aquí, hasta ahora, el interés de los más exigentes que mantiene constantemente en otras partes. Es traducido, sí, lo que quiere decir que leído, pero en el montón de los novelistas en boga; un poco siempre como el autor de «Lolita» que fue en todo el mundo «best-seller». En estas páginas se ha dado cuenta de la publicación (Argos-Vergara) de «Ada o el ardor», seguramente la novela cumbre de su vida; pero como simple noticia en tanto un comentarista más detenido prepara un trabajo especial. Este comentarista sería —y espero que sea— Eduardo Chamorro, que me lo prometió, convencido de haberse encontrado con la mejor novela de estos tiempos. Cumplirá. El efecto del libro, de árdua y larga lectura, empieza a hacerse notar. Pere Guimferrer escribe en «Destino»: «...es, en mi opinión, no sólo la obra maestra de Nabokov, sino una de las más valiosas novelas mundiales de nuestro siglo. Me atrevere a afirmar que su importancia no me parece inferior a la del Ulises de Joyce, obra con la que guarda por lo menos un punto de contacto central: el tratamiento del lenguaje.»

◆ Sus contundentes respuestas son una matizadísima, suelta y alegre conversación a fondo

■ En opinión de Guimferrer, «Ada o el ardor» es una novela tan importante como «Ulises», de Joyce

respondido en el ibérico espacio televisivo «A fondo», de Joaquín Soler Serrano, ese acontecimiento literario excepcional por nuestros pagos en el que han hablado de sí mismos, entre otros, Borges, Carpentier, Cortázar y esperamos, para intermediar a Sábato. La venida de Nabokov es en un libro que se titula «Opiniones contundentes». No está dotado para expresarse de viva voz, y por eso se niega a las entrevistas: «Pienso —escribe— como un genio, escribo como un autor distinguido y hablo como un niño.» Si no acepta las entrevistas improvisadas, habladas, ha contestado a unas cuantas por escrito. Estas entrevistas —entre 1962 y 1972— tiempo de gestación y realización de «Ada» —revisadas, limpiadas de todo lo que no sea la estricta pregunta del entrevistador y la respuesta del escritor, son el texto completo del libro. Ese niño balbuciente, ese tartaja al

télefono, ese profesor que no ha dado una sola lección que no haya sido leída, ¡con qué desparpajo y movilidad de «causeur» discurre, con qué habilísima esgrima mantiene la simulada charla! Si de los antes mencionados entrevistados por la precisión y riqueza de sus respuestas, de sus discursos provocados se diría que hablaban como si dijieran algo previamente escrito, ante estas ficciones de entrevista tenemos que decir que Nabokov parece que está hablando, que le tenemos delante... No habrá biógrafo que nos entere mejor de su vida, ni crítico que desentrañe mejor su obra, ni el mismo habrá descrito mejor en otra parte sus juicios estéticos (que diría Cela), su novela, su científica afición —con hallazgos positivos— a la entomología, su sentirse ruso entrañable y norteamericano voluntarioso, sus ideas sobre el mundo que le ha tocado vivir y que contempla en su ancianidad con una jovial y matizadísima lucidez, con una ironía, un amor a la vida y un regodeo en la brillantez apabullantes.

En una de las entrevistas se le pregunta si se halla conforme con la vinculación que el crítico George Steiner establece entre él, Samuel Beckett y Jorge Luis Borges como las tres figuras de probable genio de la literatura contemporánea de ficción. En su escrito responde rápido así, como si hablara un conversador o un orador político de buenos reflejos: «Ese dramaturgo y ese ensayista son mirados hoy con fervor tan religioso que en el triptico que usted menciona me sentiría como un ladrón entre dos Cristos. Un ladrón muy alegre, con todo.» Yo diría que me parece estar escuchando a Borges; aunque diga cosas diferentes. Al escritor puro. Tiene sus admiraciones que repite: Joyce, Borges, Robbe Grillet (aún sin creer en el «nouveau roman»: «no existe realmente, aparte de

un montoncito de polvo y pelusa en un casillero sucio»), el casi desconocido Hellens, algunos rusos...; re-

podía a Camus, Sartre, Mann, novelas como «El doctor Zhivago», toda la literatura llamada comprometida, algunas clásicas muy famosas, casi tanto como el marxismo, el freudismo, los tribunales Rusell, las dictaduras. Este aristócrata errabundo y superculta, pobre de solemnidad en algún momento, ajeno a todo grupo, a toda confesión política o religiosa, esforzadísimo trabajador en la conquista del lenguaje, el estilo y la

estructuración de sus obras, en la visualización más exacta de las ajenas, expresas aquí, como en charla amical, el poderío íntimo de su libertad conseguida y el placer de haber llegado a tener en su casa, como Juan Ramón decía de sí, a la Belleza. A un que reconozca, contento, que la fama, la popularidad, que acompaña a su nombre no es la suya de escritor, sino la de aquel personaje suyo que se llama Lolita...

Pero al mismo tiempo que la novela empieza a mover la parte más finamente receptiva de nuestra crítica, Taurus nos ha traído a Vladimir Nabokov mismo, como si el escritor hubiera



“EL INDESEABLE”, PRIMERA NOVELA DE REGIS DEBRAY

A semana pasada hablaba en esta columna con Regis Debray; ahora acabo de leer el libro cuya presentación motivó el viaje del francés a Madrid, su primera novela (1). Nada más leerla se hace inevitable pensar en Malraux. Ya se ha pensado y se ha escrito un tanto automáticamente, eso sí —con automatismo muy fin de siglo, casi cibernético— y, por eso mismo, no debe ser el camino más recomendable para la exégesis, aunque ofrezca indudables y triviales facilidades de base.

Todas las novelas políticas tienden a parecerse. Hay una suprema identidad, además, entre ambos escritores que salta por encima de cuatro décadas, pues ambos fueron, cada cual a su manera, hombres de acción a los que la quietud les recordaba a la muerte. Identidad, una forma de romanticismo, que prima sobre las formas de vida en las que se verifica, con las que contrasta y sobre las que trata de remontarse o incidir. Estas y otras semejanzas serían más que suficientes a la hora de añadir a la nómina de los autores franceses los nombres de Regis Debray y de su novela tras los de Malraux, «La condición humana» y «L'Espoir». Ahí ha de parar toda comparación entre el combatiente en la revolución española, luego ministro de De Gaulle, y el actual consejero de Mitterrand.

Tal como aquí transcribía la semana pasada, Debray recusa el formalismo y prefiere la línea Hemingway, Dos Passos, etc. Hace bien. Por coherencia con sus postulados ético-estéticos y porque, efectivamente, «El indeseable» no delata por ningún lado a un escritor en el que bulla el deseo de transformar esa forma de vida colectiva que es la forma de expresión. Debray se limita a tomar algo de las técnicas novelísticas ya decantadas y a construir el relato combinando el recurso al monólogo interior con la descripción en tercera persona. El procedimiento es el más idóneo a la hora de facilitar la intervención reflexiva del autor acerca de los acontecimientos que relata. Debray no pierde la ocasión, y gracias a ello se hace patente que está bien dotado para ser lo que se llama un buen prosista, para la descripción de cosas, si bien en el plano de la imaginación y la metáfora arrastra cierto lastre de ingenuidades de las que, de seguir dedicándose a la literatura de creación, no tardará en liberarse en un presumible proceso de desbaste. Esto por lo que hace a las formas, que no han de ser lo que más interesa al lector potencial de la novela. Interésará el contenido crítico, a la vez que testimonial.

Testimonio de la guerrilla, de la lucha armada en Latinoamérica, de una aventura personal? De todo ello un poco, si se quiere. Pero, fundamentalmente, de la cancelación de la esperanza revolucionaria. La novela se convierte, desde este punto de vista, en una reflexión acerca de la propia vigencia de la expectativa

de la revolución. Si Malraux —otra vez!— escribía en el marco histórico de la quiebra de la Internacional, Debray lo hace en el de la disolución del Movimiento Comunista Mundial; de la metamorfosis de la primera revolucionaria en hidra parlamentarista.

Lo mejor del libro es que está penetrado de un sentimiento muy preciso de la temporalidad. Es por ello un texto muy de nuestra generación, la de Debray. O dicho de otra forma, enlaza con el espíritu «postmayo», con la Gran Decepción. Y de la misma manera que las elegías de mayo lo cuestionan todo, salvo que el mayo 68 fue lo que fue y estuvo henchido de todo aquello, Debray deja intacto el brillo de la estrella de Ernesto «Che» Guevara iluminando al hombre nuevo que sólo la apuesta latinoamericana de Fidel, de haber tenido éxito, hubiera podido dar a luz.

Sobre tres pilares críticos descansa el contenido ideológico de este libro hermoso, anticuado y, a veces, concienzadamente ingenuo. En primer lugar una crítica al leninismo que se autodenomina antiestalinista nada más; justificada en la anécdota novelesca por el recurso a que el personaje central (un suizo como Debray, europeo) sea troquista por libre. De ahí también que la acción transcurra en una ciudad muy parecida a Caracas y en un país muy semejante a Venezuela en los años en los que Fidel Castro denunció como traición la actitud del Partido Comunista de aquel país respecto a la guerrilla. La crítica se particulariza, incluso, en los niveles de la propia jerga de los clandestinos, en sus peripecias personales y afectivas (la amante del protagonista no ama sino al partido; su entrega es puramente superficial y física y acaba yéndose con el futuro secretario general).

En segundo lugar, es patente la actitud de apertura respecto a fórmulas autoorganizativas que encierran una concepción diferente de la transformación social, objetivada en la novela en la figura de un anarquista español al que Debray llega a llamar verdadero hombre del siglo XXI. O lo que es lo mismo, en quien el autor parece hipostasiar el concepto del hombre nuevo.

Finalmente, una filosofía de la acción como alternativa ética a la crisis histórica que hace decir al protagonista: «El desafío de esta época es practicar sin tener fe. Si no respondemos a ese desafío, la época nos avasallará.» Hay que añadir que la respuesta, en el caso personal de Debray, parece haberse resuelto en su actual trabajo como asesor de Mitterrand, pero que tiene que haber otras prácticas y no ha de ser la única posible.

(1) «El indeseable», Regis Debray. Libros de Montecarlo. Barcelona, 1977.

UN INEDITO DE RILKE



◆ De un momento azaroso de su aventura humana y literaria

QUE rilkeano es esto! «Vivir en los abrazos sólo puede hacerlo quien pueda morir en ellos; cada uno elige su permanencia según el gusto (deja que lo exprese con esta frívola sensualidad) de su muerte. Lo que empuja a aquellos hombres a su marcha errante, a la estepa, al desierto... es la sensación de que a su muerte no le complace la casa en que vivían, de que no tiene sitio en ella.» Un fragmento de unas páginas del poeta cuyo manuscrito se ha dado a conocer recientemente y que su autor tituló «El testamento». En traducción de Felu Formosa, y con notas y posfacio de Ernest Zinn se publica por vez primera en España (Alianza Tres), fotocopiado el manuscrito. Son estas páginas el testimonio de un especialísimo momento en la vida del escritor. Se hallaba empeñado en la terminación de esa obra capital que son las «Elegías del Duño» y temía que los acontecimientos —la guerra y sus problemas, su personal aventura de vivir— interrumpieran quizá definitivamente su hazaña creadora. Entonces, escribe estas notas que son borradores de cartas y diversas reflexiones para ulterior desarrollo. Todo ello lo copia minuciosamente varias veces y lo titula así: «Testamento.» Ya no volvería más en adelante sobre este escrito y cumpliría las obras que tenía proyectadas. Está claro —y ello se hace patente en una introducción impersonal de su propia mano— que en la solemnidad del título y la no utilización posterior del texto, quiso dejarnos un testimonio especialísimo de su espíritu en un trance determinado, en el que la limitación y el bullir de su potencia creadora no podía manifestarse más que así, en penumbra, en borrador, en incapacidad proyectiva, en estas leves superaciones verbales de la desolación abandonista. Ello podía quedar, en efecto, en palabras testamentarias; pero constituye, al fin, un delicado eslabón, unos hilillos de referencia con el resto de su obra, una inspiración que no llegó a ser poema ni tampoco organizada confesión. Un regalo, ahora, para los devotos de Rainer Maria Rilke.

